

Entonces el rey comenzó a abusar y ridiculizar vergonzosamente al Hijo de Dios. «Y Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa resplandeciente» (Lucas 23:11).

Cuando el malvado rey vio a Jesús aceptar toda esa indignidad en silencio, fue movido por un temor repentino de que aquel no era un hombre común ante él. Estaba perplejo ante la idea de que aquel prisionero pudiera ser un ser celestial que había descendido a la tierra.

Herodes no se atrevió a ratificar la condenación de Jesús. Deseaba librarse de la terrible responsabilidad, y así envió de vuelta al Salvador a Pilato.

Historia 22—Condenado por Pilato

Cuando los judíos regresaron de Herodes, trayendo de nuevo al Salvador ante Pilato, éste se disgustó mucho y preguntó qué querían que hiciera. Les recordó que había examinado a Jesús y no había hallado falta alguna en Él. Les dijo que habían presentado acusaciones contra Él, pero que no habían podido probar ni un solo cargo.

Como se declaró en el capítulo anterior, lo habían llevado ante Herodes, que era judío, como ellos, y éste no había hallado en Él nada digno de muerte. Pero para apaciguar a los acusadores, Pilato dijo:

«Le castigaré, pues, y le soltaré» (Lucas 23:16). Aquí Pilato mostró su debilidad. Había reconocido que Cristo era inocente; entonces, ¿por qué había de castigarlo? Era un compromiso con el mal. Los judíos nunca olvidaron esto

durante todo el juicio. Habían intimidado al gobernador romano, y ahora aprovecharon su ventaja hasta lograr la condenación de Jesús.

La multitud clamaba con más fuerza pidiendo la vida del prisionero. Mientras Pilato dudaba sobre qué debía hacer, le fue traída una carta de su esposa, que decía:

«No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he padecido muchas cosas en sueños por causa de Él» (Mateo 27:19).

Pilato palideció ante este mensaje; pero la turba se volvió más apremiante al ver su indecisión.

Pilato vio que algo debía hacerse. Era costumbre en la fiesta de la Pascua poner en libertad a un prisionero, aquel que el pueblo escogiera. Los soldados romanos habían capturado recientemente a un famoso ladrón, llamado Barrabás. Era un rufián degradado y un asesino. Así que Pilato se volvió a la multitud y dijo con gran solemnidad:

«¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?» (Mateo 27:17).

Ellos respondieron: «¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás!» (Lucas 23:18).

Pilato quedó mudo de sorpresa y decepción. Al ceder a su propio juicio y apelar al pueblo, había perdido su dignidad y el control de la multitud. Después de eso, fue sólo un instrumento de la turba. Ellos lo manejaron a su voluntad. Entonces preguntó:

«¿Qué haré entonces con Jesús, llamado el Cristo?» Con unánime acuerdo clamaron: «¡Sea crucificado!»

«Y el gobernador dijo: ¿Pues qué mal ha hecho?

»Pero ellos clamaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!» (Mateo 27:22, 23).

La mejilla de Pilato palideció al oír el terrible grito: «¡Sea crucificado!» No había pensado que llegaría a eso. Había declarado repetidamente que Jesús era inocente, y sin embargo el pueblo estaba decidido a que sufriera esa muerte tan terrible y temida. De nuevo hizo la pregunta:

«¿Pues qué mal ha hecho?»

Y de nuevo se levantó el horrible grito: «¡Crucifícale, crucifícale!» Pilato hizo un último esfuerzo para tocar sus sentimientos. Jesús fue llevado, desfallecido de cansancio y cubierto de heridas, y azotado ante la vista de sus acusadores.

«Y los soldados tejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura, y decían: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban con las manos» (Juan 19:2, 3).

Escupían sobre Él, y alguna mano malvada arrebató la caña que habían puesto en su mano, y golpeó la corona sobre su frente, hundiendo las espinas en sus sienes, y haciendo que la sangre corriera por su rostro y su barba.

Satanás dirigió a los crueles soldados en su abuso del Salvador. Su propósito era provocarlo a la represalia, si era posible, o impulsarlo a realizar un milagro para liberarse, y así romper el plan de salvación. Una mancha en su vida humana, un fracaso de su humanidad para soportar la terrible prueba, y el Cordero de Dios habría sido una ofrenda imperfecta, y la redención del hombre un fracaso.

Pero Aquel que podía mandar a las huestes celestiales, y en un instante llamar en su ayuda legiones de santos ángeles, uno de los cuales podría haber dominado inmediatamente a esa cruel turba—Aquel que podría haber derribado a sus atormentadores con el resplandor de su majestad divina—se sometió con digna compostura al más grosero insulto y ultraje.

Así como los actos de sus torturadores los degradaron por debajo de la humanidad, a la semejanza de Satanás, así la mansedumbre y paciencia de Jesús lo exaltaron por encima de la humanidad, y probaron su parentesco con Dios.

Pilato estaba profundamente conmovido por la paciente resignación del Salvador. Mandó traer a Barrabás al tribunal; luego presentó a los dos prisioneros lado a lado. Señalando al Salvador, dijo con voz de solemne ruego: «He aquí el hombre». «Os lo traigo fuera, para que sepáis que ningún delito hallo en Él» (Juan 19:5, 4).

Allí estaba el Hijo de Dios, vistiendo el manto de burla y la corona de espinas. Desnudo hasta la cintura, su espalda mostraba los largos y crueles azotes de los cuales la sangre fluía libremente. Su rostro estaba manchado de sangre, y llevaba las marcas del agotamiento y del dolor; pero nunca había parecido más hermoso. Cada rasgo expresaba mansedumbre y resignación, y la más tierna compasión por sus crueles enemigos.

En sorprendente contraste estaba el prisionero a su lado. Cada línea del rostro de Barrabás mostraba que era el endurecido rufián que era.

Entre los espectadores había algunos que simpatizaban con Jesús. Incluso los sacerdotes y gobernantes estaban convencidos de que Él era lo que

afirmaba ser. Pero no querían ceder. Habían incitado a la turba a una furia loca, y de nuevo sacerdotes, gobernantes y pueblo alzaron el grito:

«¡Crucifícale, crucifícale!»

Finalmente, perdiendo toda paciencia con su irrazonable y vengativa crueldad, Pilato les dijo:

«Tomadle vosotros, y crucificadle, porque yo no hallo falta en Él» (Juan 19:6).

Pilato se esforzó por liberar al Salvador; pero los judíos clamaron: «Si a éste sueltas, no eres amigo del César; todo el que se hace rey, habla contra el César» (Juan 19:12).

Esto tocaba a Pilato en un punto débil. Ya estaba bajo sospecha del gobierno romano, y sabía que un informe de este tipo sería su ruina.

«Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua, y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo:

»Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros» (Mateo 27:24).

En vano trató Pilato de librarse de la culpa de condenar a Jesús. Si hubiera actuado pronta y firmemente desde el principio, siguiendo sus convicciones de lo correcto, su voluntad no habría sido avasallada por la turba; no se habrían atrevido a dictarle su conducta.

Su vacilación e indecisión resultaron ser su ruina. Vio que no podía liberar a Jesús y conservar al mismo tiempo su posición y honor.

Antes que perder su poder mundano, eligió sacrificar una vida inocente. Cediendo a las demandas de la turba, azotó de nuevo a Jesús, y lo entregó para ser crucificado.

Pero a pesar de sus precauciones, lo mismo que tanto temía le sobrevino después. Sus honores le fueron arrebatados, fue derribado de su alto cargo, y, atormentado por el remordimiento y herido en su orgullo, no mucho después de la crucifixión puso fin a su propia vida.

Así, todos los que se comprometen con el pecado sólo obtendrán tristeza y ruina. «Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14:12).

Cuando Pilato se declaró inocente de la sangre de Cristo, Caifás respondió desafiante: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mateo 27:25).

Y las horribles palabras fueron repetidas por los sacerdotes, y repetidas por el pueblo.

Fue una terrible sentencia que se pronunciaron a sí mismos. Fue una herencia espantosa para transmitir a su posteridad.

Literalmente se cumplió sobre ellos en las temibles escenas de la destrucción de Jerusalén, unos cuarenta años después.

Literalmente se ha cumplido en la condición dispersa, despreciada y oprimida de sus descendientes desde aquel día.

Doblemente literal será el cumplimiento cuando llegue el juicio final. Entonces la escena cambiará, y «este mismo Jesús» vendrá, «en llama de

fuego, para dar retribución a los que no conocen a Dios» (Hechos 1:11; 2 Tesalonicenses 1:8).

Entonces rogarán a las rocas y a los montes:

«Cae sobre nosotros, y escóndenos del rostro del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado» (Apocalipsis 6:16, 17).